

Ilustración

NORBERT W. GULDNER

(Artista plástico contemporáneo, nacido en Alemania)

El expresionismo surgido a fines del siglo XIX se desarrolló con el objetivo de expresar las *filias* y las *fobias* del hombre. El movimiento instaurado significó una reacción ante una civilización que ingresaba en la alienación, el aislamiento y la pérdida de la individualidad, proclamando un “progreso”, que resultó “inadecuado” en la búsqueda de la conjunción de justicia social y libertad civil. Con el liderazgo de Edvard Munch (“*El grito*”), esta tendencia fue fiel a la consigna de que “al mundo terminan salvándolo los artistas”. Para congeniar con este legado histórico, el expresionismo privilegió la idea sobre la exquisitez del dibujo, la luz y el color. La emoción expresada en las obras convierte al artista en el delator del mundo. El progreso instaurado luego de la Revolución Industrial había hecho confrontar a la conciencia del hombre con el tiempo. La primera fue su juez, el *khronos* significó el verdugo. Esta precipitación hacia el destino, el olvido del presente y el decaimiento místico de las nuevas culturas produjo en el individuo desesperanza e infortunio. El expresionismo se convirtió en su blasón.

En Alemania, patria de Norbert Guldner, este movimiento fue rotundo en su concepción reaccionaria, siendo su baluarte la espontaneidad emocional. Con la inmanencia espiritual sacrificó la técnica profundizando la visión de una sociedad decadente, pero no se estancó en la postura inicial, sino que perfeccionó el esquema, desaguando en la figura deformada la esencia de los sentidos; trasladando al espectador la búsqueda por la explicación subjetiva, hasta llegar a la etapa de abstracción fundamental. En este artista y médico alemán, de Luebeck, hallamos detrás del trazo esquemático todo un gesto. Su expresividad sinóptica y el simbolismo logrado expresa miedos, sueños y fantasías en los que subyace el desaliento. En su obra el hombre se transforma en una mueca despectiva, en una caricatura. El sentimiento que logra desnuda la verdadera máscara teatral que encierra la existencia.

EL HOMBRE CON EL PROGRESO ENTREGA EL ALBEDRÍO PARA SENTIRSE AFORTUNADO

El animal ocupaba el tiempo de su existencia sin la intriga del juicio. El instinto que ostentaba era la aceptación de un destino que todavía no alcanzaba a presumir, sólo podía ser consumido inadvertidamente. Constituía parte de un universo sin la sospecha de que era factible hallarse en otro momento que no fuera el presente. En su vagabundeo, este animal percibía únicamente las necesidades que hacían a ese “tiempo de vida”. Una lucidez estrecha le alertaba con un miedo imprescindible y ancestral que estaba hecho para la supervivencia. A su vez, un afecto primario casi siempre extemporáneo y discontinuo, garantizaba al ignoto orden superior, que se subvertía sin explicaciones a la procreación. En esa geografía se acompañaba



“The Grail of Eternal Life”, 140 x 200 cm

de seres más condescendientes que él dispuestos a soportar dicha situación. El mundo que habitaba era silencioso, a veces sólo manifestado con voces repetitivas, que se exteriorizaban en alocuciones pequeñas que servían para la precaución de permanecer vivo y también exclamar el dolor que se iniciaba en la superficie del cuerpo. Los caminos a la memoria no existían y una conciencia incipiente se desvanecía en su misma mirada tras un signo de interrogación inútil. La razón que poseía era demasiado precaria, por lo tanto desconocía del suceso del tiempo y de la irreversibilidad de la muerte.

Acarreaba recuerdos ínfimos, apenas suficientes para “ser” en un ambiente azaroso. No ostentaba sentimientos que pudieran interferir en esa estadía esencial y la percepción del dolor de la carne lacerada era el límite tolerado de su piel con



"Education by Slowness", 200 x 140 cm

el entorno. En todo el ámbito que lo contenía se vislumbraba un paisaje infranqueable a la temeridad, en donde la monotonía se extendía hasta parecerse eterna, porque en realidad no lo era. Una fuerza discreta e inquieta y los sobresaltos provenientes de la sorda supervivencia ante lo desconocido exhalaban asimetrías que las criaturas vigentes apenas percataban. Ellas no sospechaban inestabilidades en esa imagen de placidez que ocupaba la estadía de cada "ser". Apenas una incipiente capacidad de abstracción les permitía aprender después del error.

Largo tiempo después, en patrimonio de la conciencia, llamaría precario a ese estado primario en el que no podía albergar infelicidad alguna, simplemente por desconocer las satisfacciones a través de los sentidos, en pleno uso de las facultades instintivas elementales. Pero este cambio, incipiente e inadvertido al principio, utilizado para mejorar su condición sobre lo viviente no representó una dádiva. Ese despertar lo volvió audaz, inquieto, insatisfecho, provocador, inquisidor. Pero por sobre todas las aptitudes desarrolló una instancia fundamental, la inmensa posibilidad de imaginar. Este paso trascendental fue más lejos que la simple capacidad de describir la percepción de su estado. Lo sedujo hacia las utopías impensadas. Llegado a este nivel era imposible retroceder. Debía trepar hasta intentar ser su propio hacedor. En ese rumbo, una tenacidad creciente aunada a los triunfos que creyó cosechar lo precipitó al conocimiento de la geografía que ocupaba, pero también a la perspectiva de su propia desdicha. Supo que estaba solo. Y extraviado en una maraña en la que su vida se extinguía en la incompreensión sobre el sentido de poseerla. En una forja creciente su existencia se convirtió en

saber que era la nimiedad del brillo de una cerilla que iluminaba la propia noche en la que se encontraba.

El nacimiento de su conciencia fue paulatino pero inquietante. Definitivamente el hombre quedaría escindido entre "instinto y sentido". Sujeto a un origen ancestral y tentado por el estado imaginativo que le otorgó la conciencia para desprenderse de lo orgánico ante el encierro que le tendió el desarrollo de su aventura. Este precipicio estableció su drama.

La aparición de la conciencia ha significado un hecho único, fantástico, en medio de la inocencia de la ignorancia. Lograr analizarse a sí mismo ha conducido al hombre a la desesperación o a la soberbia. Con la conciencia avanza al límite del terror que le permite su claridad. Lo fatal es que aparecida en el "ser" se transforma en un parásito. Sólo lo liberan de ella la desmemoria o la muerte. Mientras tanto muda a un animal alucinado e imaginativo, a quien nadie en el universo puede delatar.

El "progreso" demuele. El futuro se acorta y la aceleración del primero nos deja sin devenir. Estamos terminando de construir la crónica e indefectiblemente seremos poshistoria, ya que la vida no es un proceso lineal, creciente en lo benéfico de su desarrollo. A veces sólo nos quedan los resultados que nunca tuvimos oportunidad de modificar. En el transcurso hemos obtenido su magro producto. El hombre aislado del progreso a destajo es un hombre comprensible. En consideración opuesta, la omnipotencia del desarrollo material sin un crecimiento ético paralelo crea asimetría hasta llegar a transformarse en un riesgo. Tarde o temprano se convierte en violencia. En la razón de los desposeídos.

La vida humana se ha vuelto progresivamente más epiléptica, hasta constituirse en una creciente movilización de hombres y esfuerzos compitiendo a los dominios del tiempo. Lejos del ocio, el hombre batalla por sus territorios y afectos. En este contexto, el prójimo se transforma en una situación de sospecha para sus propósitos. Quizás un desproporcionado *logos* a su condición haya sido el desarrollo inconsciente hacia la perdición. Un camino que lo llevó al destino, después al dolor y finalmente, al aparecer la Revolución Industrial, al aniquilamiento.

Luego del progreso tecnológico se precipitó su disconformidad. El hombre se convirtió en un eslabón creado por él, no en una cuenta del collar de la naturaleza. Sumó otra esclavitud. Le agregó a la sujeción del instinto la del sistema del propio hombre. El progreso funciona como un cebo. No lo eleva, lo aprisiona. La mejora declamada es un disfraz que esconde la agresividad intuitiva que lo guía desde su aparición de animal consciente. La que antes de esa trascendencia existía como necesidad y ahora lo hace en carácter de finalidad. En el progreso se mimetiza al hombre con la imperiosidad de la supervivencia mientras la individualidad se sumerge en lo anónimo.

La sociedad tiende a un sistema, a clasificaciones, a situaciones abstractas. Esto es un estorbo. Al esquema a ultranza se le entrega libertad y prohibición a cambio de miedo. La Revolución Industrial se opuso a la artesanía. Y la venció, porque el hombre se sintió más protegido dentro de sus límites. Se sube a un sistema para no sentirse inferior o marginado y entrega el albedrío a cambio de percibirse afortunado.

Estas pautas hallamos en Norbert Guldner. El desfallecimiento ante el progreso divinizado denunciado en la literatura por Berdiaeff, Sábato y Cioran. En esas figuras abreviadas de espacios disueltos el color que emplea el artista es el estado emocional. Lleva a lo visible el enfoque íntimo de la soledad y la desesperanza. *Al observar su obra comprendo que lo único que me conmueve de la existencia es el silencio.*